

El espacio rural y el nuevo sistema de relaciones ciudad-campo (*)

por **BERNARD KAYSER** **

La aceleración de los procesos de urbanización — que entraña una objetivación de la necesidad de espacio y una lucha evidente por el suelo —, la elevación del nivel de vida y la tecnología de las comunicaciones — que ponen al alcance de ciertas capas de consumidores la apropiación de superficies vírgenes —, y la ideología ecológica — que por una parte sostiene publicitariamente el mercado del espacio urbano y, por otra, sensibiliza al público ciudadano en los problemas del medio ambiente — hacen aparecer el *espacio rural* como una de las más importantes categorías manejada hoy en día por los planificadores y encargados de la organización.

Los geógrafos tradicionales, que han habituado a sus lectores a privilegiar el *paisaje*, reconocen en el espacio rural, es decir, en el campo, una fracción de territorio caracterizada por su fisonomía. Pero esta aproximación no tiene en cuenta el análisis de las estructuras y está a priori desarmada tanto ante el problema de la evolución de la «sociedad campesina», como ante el del dominio del modo de producción capitalista.

Sin embargo, ¿debe deducirse del «fin de los campesinos» también el del campo? La evidencia de la observación no deja lugar a dudas. Pero, a la vez que obliga a responder negativamente a esta pregunta, hace precisar (después, sobre todo, de veinte años que cuentan tal vez mucho más que todo el siglo anterior) la noción misma de campo.

Ensayo de definición

Al menos en los países industrializados de economía liberal, el modo de producción capitalista integra hoy profundamente el campo y la ciudad: el hecho de que el primero pertenezca a un sistema único cuyo control le escapa por completo, determina en primer lugar su naturaleza.

Sin embargo, a nivel de superestructuras y, en particular, al de la organización espacial, el campo puede ser definido como un modo propio de utilización del suelo. Tres características principales permiten identificarlo:

* Texto modificado de la conferencia pronunciada en el Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona el 15 de marzo de 1972.

** Director del C.I.E.U. de la Universidad de Toulouse.

Traducción de CARLOS CARRERAS (EQUIPO URBANO).

a) Una relación relativamente débil entre las superficies y los hombres (densidades).

b) Un uso productivo predominantemente silvo-agro-pastoral.

c) Unos desniveles y disparidades bien notorios, secuelas sociales de una situación histórica de aislamiento o de exterioridad.

La noción de espacio rural, más «operacional» que la de campo, toma estas características. Pero no puede ser aplicada más que a una determinada escala — con un mínimo de extensión y de continuidad — e implica un nivel definido de organización y de control por parte de las colectividades territoriales.

Determinándose, pues, de modo contradictorio a la ciudad, dentro de un sistema único, el campo es susceptible de un análisis particular: el de sus *relaciones de dependencia* permite en principio llegar mejor al corazón de su verdadera naturaleza. Por ello el examen del sistema de relaciones ciudad-campo sigue revelándose como extremadamente fecundo, naturalmente con la condición de poner en entredicho, a fondo, sus presupuestos.

Si el modelo clásico de las relaciones ciudad-campo es bien conocido — después de haber sido descrito en numerosos trabajos históricos o geográficos, aplicado a la Edad Media, a los Tiempos Modernos, es decir a los siglos XVIII y XIX —, no corresponde ya a la situación presente, en que, sin embargo, se da aún como explicativo. De hecho puede decirse que la fase actual del crecimiento del régimen capitalista — segunda mitad del siglo veinte — ha transformado más profundamente el sistema de relaciones ciudad-campo que la lenta evolución de muchos siglos.

El sistema tradicional de las relaciones ciudad-campo

A grandes rasgos, el modelo clásico presenta las relaciones ciudad-campo como caracterizadas por un dominio a corta distancia y por una explotación del campo por parte de la ciudad dentro del marco de un sistema espacial y socialmente jerarquizado, asumiendo violentas contradicciones y oposiciones: las relaciones no excluyen el aislamiento y una relativa autonomía.

Las ciudades, por regla general, son antes de la era industrial, pequeñas y numerosas, y dominan cada una de ellas a un conjunto limitado de territorios rurales.

En el interior de esta «tombée» o zona de influencia, el sistema de relaciones se aplica a los planos económico, financiero, social, demográfico, cultural y político.

En el plano económico, la producción agrícola local constituye no sólo la fuente de alimentación urbana, sino también, debido al juego de la renta territorial y de ciertas detracciones, uno de los medios esenciales del enriquecimiento ciudadano: la recolección de los productos y su comercialización están, desde época muy temprana, ligados al crecimiento urbano. Pero a medida que la manufactura arruina al artesanado, que es en buena parte rural, el campo se convierte también en un amplio mercado de consumo para los productos fabri-

cados o distribuidos por la ciudad. La interpenetración económica seguirá siendo fundamental durante mucho tiempo para los dos polos.

En el plano financiero, a pesar de los limitados períodos de inversiones capitalistas en el campo, la desigualdad de los flujos se muestra como uno de los más desiguales: en principio, los propietarios territoriales extraen de la tierra unas rentas que no reinvierten, mientras, más tarde, los bancos y el Estado se afanan en drenar el ahorro de los campesinos.

En el plano social, las relaciones económicas refuerzan una clase de propietarios convertidos muy pronto en ciudadanos y originan una clase mercantil que sabrá reforzarse y tomar ascendiente. La afluencia de propietarios de origen rural, a menudo más mendigos que emigrantes, prepara el ejército de reserva con el cual el crecimiento industrial y urbano irá satisfaciendo sus necesidades.

En el plano demográfico, el sobrepoblamiento del campo alimenta, pues, un flujo que beneficia a las ciudades, en las que una fecundidad limitada no asegura un crecimiento suficiente. Pero el éxodo rural, consecuente a las crisis estructurales o coyunturales, no lo explica todo. El mercado de trabajo urbano, que se va volviendo atractivo, constituye un polo de movimientos acelerados.

En el plano cultural, y político, en fin, el dominio urbano es igualmente evidente, aunque éste no data más que de la época en que el medio rural se convirtió en un lugar atractivo; la difusión de los modelos culturales ciudadanos se produce a la par que se amplía el mercado de consumo; la búsqueda de clientela política se inicia con las prácticas electorales.

Reforzado por la revolución industrial, el dominio urbano sobre el campo caracteriza, pues, de manera clásica un sistema de relaciones violentamente asimétrico.

Pero, a finales del siglo XIX, los procesos de integración del mundo rural no han sido marcados solamente por la moderna organización de los mercados, el engullimiento en la ciudad de generaciones de jóvenes campesinos, la uniformización de la enseñanza o el aplastamiento de los particularismos lingüísticos, sino que también lo han sido por el papel asignado a este mundo rural dentro de la estrategia de las clases dirigentes. Integrado, el mundo rural sigue estando aislado y estabilizado; utilizado por las fuerzas conservadoras está tradicionalmente opuesto al mundo urbano, pero sin recibir por ello la menor autonomía.

En este sentido puede afirmarse que la máquina del dominio urbano alcanza, en el caso de Francia en particular, su pleno régimen en el curso de la década de 1880, la vida rural será sometida, dentro del anquilosamiento y el inmovilismo, a este sistema de relaciones hasta la ruptura de los años 1950.

El nuevo sistema y los factores del cambio

El establecimiento de un nuevo sistema de relaciones ciudad-campo es contemporáneo a una fase del crecimiento caracterizada por la aceleración del progreso tecnológico, por la exacerbación de la concentración financiera y por

la generalización de la difusión inmediata de la información. También es contemporáneo de la aparición en el mundo de condiciones técnicas, económicas y políticas que modifican de manera drástica los procesos geográficos.

Los siguientes aspectos, que integran a la vez los elementos y los factores del nuevo sistema, parecen ser más fértiles en explicaciones.

1) La evolución tecnológica de los transportes, que ha modificado fundamentalmente las condiciones de comunicación y telecomunicación, marca, en un sentido amplio, las modificaciones del sistema de relaciones campo-ciudad. La agilidad de utilización del camión, el uso generalizado del vehículo individual, el mejoramiento de los resultados de los medios de comunicación tradicionales, el teléfono, la radio y la televisión, han creado una nueva situación con amplios horizontes, rompe con la clásica situación en que la proximidad geográfica privilegiaba las relaciones más estrechas.

Pero la transformación de las condiciones de comunicación puede provocar mutaciones muy diversas según el objeto social al que se apliquen. La evolución no-técnica es determinante.

2) El crecimiento urbano se ha convertido en un proceso autopropulsado. Sea cual fuere el tamaño de la ciudad, y aún de modo más demostrativo si es pequeña o mediana, la ciudad tiende cada vez más a separarse de su entorno económico y en particular del campo vecino. Dentro del sistema urbano, donde el impulso proviene de la industria y de los servicios locales, y donde la demanda interior asegura lo esencial de sus ventas, el campo no juega más que un papel muy secundario: ya no alimenta el circuito económico de la ciudad. Además el consumo rural es reducido (débil población \times débil poder de compra) al lado de un consumo urbano en ininterrumpida expansión, mientras la producción rural de bienes pierde de cada día valor relativo en relación a la producción urbana de bienes y de servicios.

3) Incluso desde el punto de vista demográfico se afirma esta autodeterminación. El equilibrio tradicional bascula, estando asegurado el crecimiento urbano por un balance natural interno muy positivo, mientras el campo pierde sus características de elevada fecundidad. Evidentemente es de sí misma que la ciudad extrae el primer resorte de su dinamismo demográfico: la modificación de las estructuras de edad lo explica sobradamente.

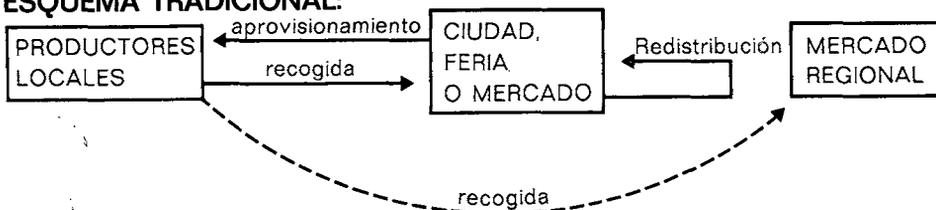
4) Al mismo tiempo la ciudad se extiende, se ensancha. La zona propiamente urbana predomina rápidamente sobre el campo, y el «metamorfismo periurbano» transforma las condiciones del contacto físico ciudad-campo.

5) Incluso dentro del campo, la evolución de las condiciones de la producción agrícola favorece la explosión de las relaciones ciudad-campo (cf. esquema). En efecto, el sector moderno, esté asegurado por explotaciones capitalistas o por explotaciones campesinas, se liga a unos circuitos de comercialización «deslocalizados», es decir, que ya no utilizan los itinerarios locales. En cuanto al sector tradicional, marginado, la intensidad de los flujos que determina es débil, no puede afectar de manera relevante a las relaciones con la ciudad.

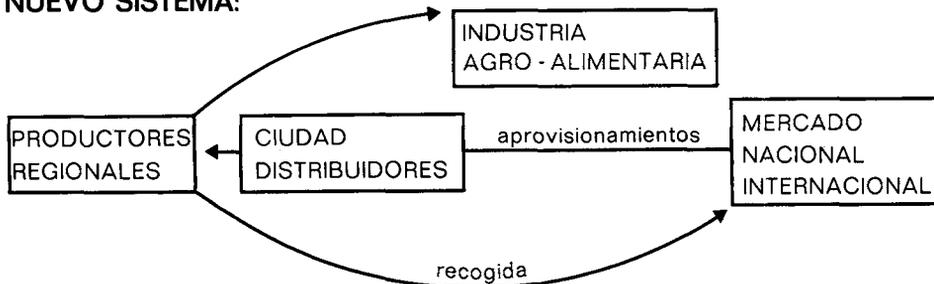
6) La difusión de los modelos culturales e ideológicos, largo tiempo con-

LA AGRICULTURA Y LA CIUDAD

ESQUEMA TRADICIONAL:



NUEVO SISTEMA:



vertida en uno de los eficaces instrumentos de dominio urbano, ha perdido su autonomía. En este terreno, la ciudad ya no juega más que un papel de etapa, eventualmente transmitiendo, pero más generalmente sufriendo, como el campo, el asalto de los medios de comunicación de masas.

7) En estas condiciones, es evidente que el sistema de relaciones ciudad-campo ha cambiado de naturaleza: no se establece ya directamente, o sobre una base local, sino que asocia un espacio rural concreto con uno o varios centros cada vez más abstractos. La riqueza del campo es drenada por las empresas nacionales o internacionales cuyas redes de recogida y de distribución están de alguna manera intercomunicadas. El dominio del campo, asumido por unas sociedades, por el Estado, por unos grupos, ya no tiene «rostro».

8) Así pues la noción de «área de influencia» pierde mucho de su contenido y de su importancia. Esencialmente, ya no está ligada más que a unas superestructuras, a unas redes de organización. Dentro del ámbito de la administración, de la salud, de la educación, y en parte también en el ámbito de los servicios comerciales, la realidad de una estructura geográfica jerarquizada es innegable. Esta asocia concretamente a ciudad y campo. ¡Pero qué poca *influencia* transcurre por estas banales redes!

La integración del mundo rural

Para las cosas esenciales, el habitante del espacio rural depende, en definitiva, de procesos o de decisiones que por lo menos se sitúan a nivel nacional: implantación de establecimientos industriales o comerciales, fijación de los precios de la producción agrícola, difusión de las innovaciones, medidas de «ayuda» y reparto de créditos públicos, etc.... Todos los estímulos económicos le llegan procedentes de un «centro» que, aunque generalmente se identifica con la capital nacional, no tiene, sin embargo, una personalidad geográfica real.

Esta integración a la economía global va acompañada de la desintegración de la sociedad local y regional, de la destrucción de las relaciones de proximidad. Es correlativa, pues, a la desarticulación del espacio, que constituye una de las consecuencias geográficas y sociales más evidentes de las nuevas formas del crecimiento.

La brutalidad de estos procesos, sentidos como una verdadera crisis, es, sin duda, particular en Francia. En efecto, ningún país occidental ha conservado durante tanto tiempo — ni tan gustosamente — como la francesa, una sociedad campesina «autónoma», y es ésta, o más exactamente los subconjuntos regionales o locales de ésta, quienes sufren el choque de una rápida evolución.

Ciertamente las modalidades de esta evolución varían de un lugar a otro del territorio, ya que son fuerzas idénticas aplicadas sobre medios diversos. Pero estas modalidades, de algún modo culturales, importan menos que el proceso de conjunto, que puede ser clasificado en tres principales categorías.

— La absorción completa de la agricultura dentro del modo de producción capitalista, incluso cuando mantiene la diferenciación fundamental entre pequeña explotación familiar y gran explotación capitalista, constituye evidentemente la base misma de la integración del mundo rural. Si esta absorción produce marginación, y los marginados son particularmente numerosos aquí, se desprende que la posición de estos últimos les impide constituir grupos, comunidades (tal vez salvo en algunos municipios de montaña abandonados); no se puede decir, pues, que sustraigan a la integración partes significativas de la sociedad o del espacio.

— La conquista del espacio rural para el servicio de los ciudadanos constituye el segundo proceso general de la integración. Desencadenado recientemente, corresponde a la vez a la expresión de una necesidad de los habitantes de las grandes ciudades, a la aparición de nuevos objetos de prestigio social y a la organización de un verdadero mercado. Producto social, el espacio se convierte en un área atractiva en el momento en que la ambigua competencia entre los intereses privados y el Estado se alimenta de una ideología del «medio-ambiente» más o menos publicitaria. Residencias secundarias y campos de esquí, parques naturales y aldeas de vacaciones, por ejemplo, anexionan el espacio rural a la sociedad global, poniéndolo al servicio de una parte de los ciudadanos, y de las empresas.

— La manipulación del mito rural en las estrategias políticas corona, en fin, a nivel ideológico, estos procesos de evolución en una muy hábil síntesis. El

acercamiento del ciudadano a sus raíces de la tierra es realizado por la sobre-determinación de la importancia del problema agrícola dentro de la política nacional. Por otra parte, la necesidad del campesino de sentirse partícipe de una comunidad nacional que le sostiene se encuentra mediante la expresión de una política global de organización que, además, calma su angustia, con nuevas esperanzas (turismo rural, por ejemplo). En resumen, la integración política se realiza con tanta más eficacia cuanto que la integración cultural posee los medios de no sufrir resistencias y que, según las justas aseveraciones de C. Servolin, los antagonismos entre explotadores capitalistas y familiares deben pasar, para expresarse, por el intermediario de su clase respectiva dentro de la sociedad global («no hay lucha de clases específicamente agrícola»).

CONCLUSION

El papel asignado al espacio rural dentro del cuadro de su integración a la sociedad global depende evidentemente de los objetivos perseguidos por esta sociedad. Actualmente, estos objetivos participan de una economía de beneficio, consistente en la «rentabilización» del espacio producto social. Pero su socialización explica también que el Estado se vea a menudo obligado a intervenir como defensor de los intereses de la colectividad.

El Estado, que reestructura y organiza el espacio rural en provecho de la gran explotación, de las firmas y de las promotoras, es el mismo cuyas intervenciones aseguran la supervivencia a numerosos agricultores y a numerosas comunidades rurales. Actuando así ¿sigue una política contradictoria o asume su papel: organizar las vías de crecimiento, manteniendo por debajo del límite de la revuelta a las capas más desfavorecidas?

Ciertamente, todo esto se desarrolla como si la eliminación de la pequeña explotación familiar se esperara dentro de un plazo relativamente breve y con ella, la desaparición de los problemas que presenta la existencia de los «campesinos» dentro del espacio rural. Pero esta eliminación, que además no es necesariamente de interés para la explotación capitalista, no parece evidente, ni tan siquiera a largo término. La política de organización del espacio rural, que es necesariamente la de la sociedad global y, por lo tanto, de su clase dirigente, extrae su ambigüedad de la ausencia en este asunto de perspectivas claras de evolución y de medios de control a largo plazo.

BIBLIOGRAFIA

- Commissariat général du Plan, Rapport de la Commission sur l'espace rural, *La Documentation française*, París, 1971.
- DATAR, *La transformation du monde rural*, La Documentation française, París, 1972.
- J. JUNG, *L'aménagement de l'espace rural, une illusion économique*, Calmann-Lévy, 1971.
- B. KAYSER, *Nécessité et difficultés de l'aménagement de l'espace rural*, en *Aménagement du territoire et développement régional*, tomo III, La Documentation française, París, 1970.
- H. MENDRAS, *La fin des paysans*, SEDES, 1967.

P. RAMBAUD, *Société rurale et urbanisation*, Editions du Seuil, Paris, 1969.

Ph. SAINT-MARC, *Socialisation de la Nature*, Stock., Paris, 1971.

C. SERVOLIN, *Aspects économiques de l'absorption de l'agriculture dans le mode de production capitaliste*, nota policopiada, 1971.

L'espace rural et le nouveau système des relations Ville-Campagne (Résumé)

Le modèle classique des relations ville-campagne mettait, en évidence, la domination, à courte distance, et l'exploitation de la campagne par la ville à l'intérieur d'un cadre au système socialement hiérarchique. Les villes étaient petites et nombreuses et dominaient un ensemble limité de territoires ruraux; dans ces zones d'influences les relations embrassaient tous les plans. Dans l'aspect économique, la production agricole constituait la source d'alimentation urbaine et un des moyens essentiels de l'enrichissement de la ville; en plus, la campagne se convertissait en un vaste marché de consommation des produits élaborés dans la ville. Chez le financier, les propriétaires de terres ne réinvestissaient pas leurs revenus qui étaient, ensuite, drainés par les Banques et par l'Etat. Dans l'aspect social, tout contribuait à renforcer une classe de propriétaires convertis en citadins et à créer une classe commerçante. Dans l'aspect démographique, la surpopulation de la campagne bénéficiait aux villes, de fécondité plus limitée. Enfin, sur le plan culturel et politique, la domination urbaine était totale, avec la diffusion de modèles culturels citadins et la recherche d'une clientèle politique.

L'accélération du progrès technique, la concentration financière et la généralisation de l'information ont établi un nouveau système de relation Ville-Campagne.

L'évolution technologique des transports a créé une nouvelle situation dans laquelle la proximité géographique n'est plus déterminante. L'accroissement économique urbain est maintenant un procédé auto-propulsé; la ville va en se séparant de son ourlet et son impulsion vient de l'industrie et des services locaux. Du point de vue démographique, l'accroissement urbain est assuré par une balance interne positive naturelle en même temps que la campagne perd sa fécondité traditionnellement élevée, la ville s'agrandit; la zone urbaine prédomine sur la campagne et la «métamorphose péri-urbaine» transforme les conditions de contact physique ville-campagne. En plus, le secteur moderne de la campagne se lie à des circuits de commercialisation «délimités» et le secteur traditionnel reste en marge. La richesse de la campagne est drainée par les entreprises nationales ou internationales. La notion «d'aire d'influence» perd son importance et reste uniquement liée à l'existence de certains réseaux d'organisation.

L'habitant de l'espace rural dépend, maintenant, de décisions qui se situent, au moins, au niveau national. Cette intégration à l'économie globale s'accompagne de la désintégration de la société locale et à la désarticulation de l'espace corrélatif.

L'absorption de l'agriculture à l'intérieur du mode de production capitaliste constitue la base de l'intégration du monde rural. On effectue la conquête de l'espace rural par l'espace des citadins et l'espace se convertit en une aire attractive à partir du moment où l'Etat et les intérêts privés allimentent une idéologie du «environnement». Il ne faut pas, non plus, dédaigner la manipulation du mythe rural dans les stratégies politiques.

On peut affirmer que le rôle assigné à l'espace rural dans le cadre de son intégration à la société globale dépend des objectifs que cette dernière poursuit. Dans une économie de profit, cet objectif est la «rentabilité» de l'espace, bien qu'en réalité il se passe qu'il n'existe pas dans les classes dirigeantes des perspectives claires de l'évolution et des moyens de contrôle à long terme et, qu'il se produit, en conséquence, des contradictions dans la politique que l'on suit.

Rural space and new system of city-to-country relations (Abstract)

The classical model of the relations between the city and the country would highlight the short distance domination and exploitation of the country by the city within the framework of a socially hierarchical system. The cities were small and numerous and dominated a limited extent of rural territory. In these areas of influence relations covered all planes. In the economic aspect, agricultural produce constituted the source of food for the city and one of the essential sources of city wealth. Furthermore, the country was converted into a wide consumer market for the products made in the cities. In the financial aspect, the landowners did not reinvest their revenues, which were later drained off by the banks and the State. In the social aspect everything contributed to reinforce a proprietor class that had become converted into city-dwellers, and bring about the creation of a merchant class. In the demographical aspect, the over-population of the country benefited the cities, which were less fertile. Finally, on the cultural and political plane the urban domination was total, with the broadcast of urban cultural models and the search for a political clientele.

The acceleration of technological progress, financial concentration and the generalisation of information have established a new system of city-to-country relations.

The technological development of transport systems has created a new situation in which geographical proximity is no longer a determining factor. Urban economic growth is now a self-propelling process; the city is becoming separated from its surroundings and its impulse is coming from industry and local services. From the demographical point of view, urban growth is assured by a positive, internal and natural balance, whilst at the same time the country is losing its traditionally high fertility. The cities spread out, the urban area predominates over the country and the «peri-urban metamorphosis» is transforming the conditions of the physical contact between city and country. Moreover the modern sector of the country is linking up with «de-localised» marketing circuits and the traditional sector is being pushed aside. The wealth of the country is being drained by national or international companies. The concept of the «area of influence» is losing its importance and is only linked to the existence of some organisation networks.

The inhabitant of the rural space now depends on decisions taken at a national level at least. This integration into the overall economy is accompanied by the disintegration of the local society and the correlative disarticulation of the rural space.

The absorption of agriculture into the capitalist production system constitutes the basis of the integration of the rural world. Rural space is conquered for space for city dwellers, and the space becomes an attractive area the moment that the State and private interests start nourishing the ideology of the «environment». Nor can one ignore the manipulation of the rural myth in political strategy.

It can be affirmed that the rôle assigned to rural space within the framework of its integration into global society depends on the objectives pursued by that society. In a profit-based economy, this objective is the «profitability» of the space, although, in reality, the leading classes do not possess any clear perspectives with regard to development and long term control methods, and consequently contradictions occur in the policies adhered to.